

# TRILOGÍA DEL SURF

MÁS ALLÁ DE AL GANZUG  
DOCE POEMAS DE AMOR EN ZICATELA  
NANGA

WILLY  
URIBE

Literaturas

# TRILOGÍA DEL SURF

# TRILOGÍA DEL SURF

Más allá de Al Ganzug  
Doce poemas de amor en Zicatela  
Nanga

Willy Uribe



Para obtener este libro en formato digital escriba su nombre y apellido con bolígrafo o rotulador en la primera página. Tome luego una foto de esa página y envíela a <ebooks@linceediciones.com>. A vuelta de correo recibirá el e-book gratis. Si tiene alguna duda escríbanos a la misma dirección.

© Guillermo Uribe Zarrabeitia, 2017

© Los libros del lince, S. L.

Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo

08010 Barcelona

[www.linceediciones.com](http://www.linceediciones.com)

ISBN: 978-84-15070-83-2

Depósito legal: B-12594-2017

Primera edición: julio de 2017

Impresión: Novoprint

Maquetación: gama, sl

Imagen de cubierta: © Willy Uribe

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

## Índice

Más allá de Al Ganzug . . . . .	9
Doce poemas de amor en Zicatela . . . . .	61
Nanga . . . . .	163

Más allá de Al Ganzug

## Capítulo I

En septiembre de 1971, el surfista Chico Aguerre, de San Clemente, en California, conduciendo un potente furgón acondicionado para viajar por el desierto, acampó en Al Ganzug, una playa rocosa y deshabitada situada en la costa de Mauritania, a unos cincuenta kilómetros de la pista que, procedente del Senegal, conecta con la frontera del Sáhara Occidental, en aquellos años aún bajo dominio español. Se instaló allí para surfear en solitario las olas que rompían sobre el arrecife del extremo norte de la playa. Si las condiciones del mar y del viento eran adecuadas, permanecería allí hasta que sus provisiones comenzaran a escasear, de lo contrario, continuaría su ruta hacia el sur, con la vista puesta en Dakar. Llevaba tres semanas viajando desde que salió de Madrid y todavía no había dado con esa ola especial que todo surfista imagina y espera encontrar en su camino.

Tras darse un baño y coger algunas olas de poca calidad en el amanecer del cuarto día, observó que un todoterreno se detenía sobre el pequeño acantilado del lado sur de Al Ganzug. Sobre su baca había una tabla de surf. No era normal en aquellos años encontrarse con otros surfistas en medio del Sáhara. Chico Aguerre se levantó, se vistió y fue a buscar sus prismáticos.

No había aves, no soplaban el viento. Comenzó a divisarse hacia el este una línea de bruma y pocos minutos después se adelantaban pequeñas líneas de nubes grises. El todoterreno dio marcha atrás y maniobró hacia la izquierda para dejar su morro orientado hacia el campamento de Chico, quien bajó los prismáticos, los volvió a dejar en el vehículo y dando tres pasos, más inseguros que desconfiados, se puso a la vista y saludó levantando un brazo. Nadie bajó del todoterreno y eso le extrañó, porque cualquier otro surfista que viera otras tablas que no fueran las suyas en cualquier costa remota de la tierra, como esa misma lo era, se acercaría a saludar a su dueño. Si Chico hubiera tenido en cuenta el espacio abierto en el que se encontraba y las historias que había escuchado sobre aquella zona del Sáhara, no se habría movido un milímetro, pero una tabla de surf sobre un coche y en África, en aquellos años en los que el surf aún era un desconocido en la misma Europa, para una persona abierta y noble como él, era una invitación a la bienvenida. Tenía veintidós años y su padre le mandó a España para alejarlo de la guerra de Vietnam. Había vivido sin carencias de ninguna clase. Su familia poseía tierras e industrias en Los Ángeles y a él, tras acabar sus estudios en la universidad y sortear el reclutamiento, le esperaba una vida tan cómoda como la anterior. Tal vez por eso y por la belleza del lugar en que vivía, una casa colonial con jardines y viñas descendiendo con suavidad hasta el mar, como si del propio cielo se tratara, Chico Aguerre no podía pensar, salvo que la amenaza fuera visible, que los ocupantes de ese vehículo estuvieran pensando en el robo.

Entre el campamento y el todoterreno mediaba no más de un kilómetro, la longitud de la playa. Chico permanecía de



pie, dudando si debía ser él quien se acercara y saludara primero, o si debía esperar a que ellos lo hicieran. La calma continuaba y la luz iba tornándose más espesa a medida que la línea de bruma comenzaba a afirmarse en el este. De pronto, el todoterreno encendió sus luces y las apagó al instante. Segundos después volvió a encenderlas y ya no las apagó. Si el primer destello había sido un saludo, que para él lo era, debía acercarse para corresponder. Pero para confirmar su carácter confiado, lo que más le preocupaba era que aquellas luces quedaran encendidas y la batería se descargase, algo peligroso en el desierto. Tras unos minutos de incertidumbre, Chico se colocó el sombrero y comenzó a andar hacia el vehículo. No había avanzado más que unos metros cuando el todoterreno comenzó a moverse hacia atrás, maniobró de nuevo y ascendió por la ladera del acantilado hasta su cima. Se paró allí, a unos cincuenta metros de altura sobre la playa, como si fuera una de las aves que aún no aparecían. Pero como sus luces aún continuaban encendidas, Chico, tras detenerse a contemplar ese movimiento, reanudó su marcha.

A mitad de camino observó que el todoterreno, que en un principio le había parecido blanco, era de color arena, similar a los que había visto en el ejército español cuando atravesó el Sáhara Occidental. No llevaba bidones de agua ni de gasolina ni tampoco nada que indicara que aquella gente estaba recorriendo la costa. Más bien le recordó a una de sus casi diarias visitas a las playas del sur de California, cuando llegaba en su furgoneta y buscaba siempre un lugar elevado desde donde poder estudiar las olas. A medida que se acercaba, el todoterreno se iba mostrando; una gran abolladura marcaba el lado derecho y el capó estaba sujeto con cuerdas, faltaban todos sus

cristales, menos el del parabrisas, y en su lugar habían colocado planchas de madera. En el interior le pareció divisar a dos figuras, o al menos a una que se movió como si buscara algo en el asiento trasero. Ya a unos doscientos metros se fijó en la tabla. Era muy extraña, sobre todo para él, que procedía de California, el núcleo de la cultura del surf en aquellos años. Estaba pintada con una llamativa pintura acrílica amarilla y era muy grande, de unos tres metros, y con quillas demasiado pequeñas. Sus proporciones no encajaban; una cola demasiado ancha y un cuerpo casi cuadrado hasta la punta. Sobre ella, envuelto en una lona gris, se adivinaba un bulto alargado que lo mismo podría ser otra tabla de surf más pequeña como unas planchas metálicas para sacar el vehículo de la arena o cualquier otro objeto. Sobre la lona, pintada de rojo, se leía una frase en español: «¡Dios, ya nos vamos!». Palabras que él pudo comprender porque, además del origen de sus antepasados, las mujeres que le cuidaron y mimaron hasta su adolescencia fueron mexicanas.

Puede que a Chico Aguerre, a la vista de la tabla y la posible charla con su propietario y tal vez constructor, se le hubiera borrado cualquier asomo de sospecha que pudiera albergar, pero cuando estuvo a unos veinte metros y vio que se retiraba la madera que hacía de ventana del piloto y por su hueco aparecía la figura de un militar español, no pudo dejar de mostrar una gran extrañeza. Estaban a ciento ochenta kilómetros de la frontera y en el vehículo, con solo un vistazo y aunque no llevara placas de matrícula, se observaba un burdo intento por ocultar los símbolos militares. Su figura perdida en aquel tramo de costa no podía evitar cierto matiz de sospecha. Y tal vez esa impresión la tuviera Chico Aguerre por saber que un vehícu-

lo militar español en territorio mauritano no era algo acostumbrado. Había visto algunos con anterioridad, pero siempre pegados a la pista o cercanos a la frontera. Y aunque las fronteras en el desierto son difusas y cualquiera puede traspasarlas aun sin saberlo, ciento ochenta kilómetros de despiste eran demasiados.

El militar bajó del coche, caminó ante el vehículo y su figura gruesa y alta proyectó una sombra alargada y amorfa que quedó ante Chico como si aquello fuera el único saludo posible para aquel hombre. Chico Aguerre saludó en español, pero el hombre continuó inmutable tras unas gafas de sol sin patillas y atadas por una cuerda a su cabeza. Su camisa, sin un solo botón, quedaba sujeta a la cintura por un nudo de los faldones mientras su gorra hacía tiempo que había perdido cualquier asomo de dignidad y ni tan siquiera servía para aliviar el resplandor del sol. A Chico aquel hombre no le era extraño. Había visto muchos como él en El Aaiún, Villa Cisneros y otras guarniciones costeras. Jóvenes españoles de actitudes domadas por la vida en el cuartel, oscilando entre el kif, el alcohol y la masturbación. Pero el hombre que tenía enfrente, quizá porque el mismo todoterreno así se lo pareció desde un principio, quizá por su enorme estatura, no parecía real. Chico se adelantó hacia él y le tendió su mano repitiendo el saludo, sabiendo que su otra opción era darse la vuelta y regresar a su campamento. El hombre dudó, giró su vista hacia el vehículo, pero la persona que ocupaba el asiento del copiloto no hizo ningún gesto. La mano estaba allí, tendida entre el silencio de una mañana que no despertaba y una figura indefinida, lo mismo ele-

fante que ratón, incapaz de pensar por sí mismo o fingiendo no poder hacerlo. Tales suposiciones no entraban en las ideas de Chico Aguerre, pero acabó retirando su mano para guardarla en el bolsillo, sintiéndola floja y estúpida. De pronto aquel hombre fue llamado desde el interior del vehículo sin tardar un segundo en acudir. Cuando se movió, a Chico le pareció aún más alto, más fuera de lugar, lo mismo que su nombre: Nolo. Introdujo medio cuerpo por la puerta delantera y estuvo así un par de minutos. Tras lo que Chico interpretó como una breve charla sobre normas básicas de cortesía, pero podía ser sobre cualquier otro asunto, las puertas traseras se abrieron y salieron dos jóvenes. Nolo volvió hacia Chico Aguerre y, tomando su mano, la estrechó como si en ello le fuera la vida; su cuerpo se agitaba hasta el punto de ir a romperse, como la arista de un acantilado dispuesta a perder el equilibrio para caer la vacío.

—Ya está bien, Nolo, ya vale —dijo un joven tocado con un extraño sombrero de paja que se adelantó para apartar al gigante.

El otro joven permanecía junto al vehículo. Ninguno de ellos vestía ropa militar, pero su calzado los delataba; gruesas botas negras de media caña hechas a sus pies desde hacía tiempo. El chico del sombrero de paja vestía una túnica blanca y el que quedó junto al vehículo llevaba puesto un mono azul de mecánico sobre el que su melena rubia se dibujaba impecable y, en sus manos, la bruma que ya había alcanzado la playa apenas hacía brillar el filo de un cuchillo raspando una vara de madera.

—Discúlpale —dijo el joven del sombrero de paja, llevándose un dedo a la sien y moviéndolo en círculos—. Lo único que sabe hacer bien es conducir.

Chico sonrió mientras tendía su mano y decía su nombre.

El joven la estrechó al instante. Si bien sus ojos quedaban ocultos por la visera del sombrero, su nariz, tiesa y alargada como los contrafuertes de una torre, era suficiente para definirle. Chico señaló las tablas y comentó lo que le sorprendía ver a otros surfistas por allí, pero el joven no hizo caso y comenzó un pequeño interrogatorio acompañado por Nolo y por la presencia a su espalda del chico de la melena rubia, que, sin abandonar ni su distraído afilar de la vara ni la cercanía al vehículo, echaba continuos vistazos al interior de éste.

Desertores, ése fue el primer pensamiento de Chico Aguerre. Él también lo era. Había eludido el terror de las junglas de Indochina gracias al dinero de su familia. Esos hombres abigarrados a saber cómo habían logrado escapar de los cuarteles de Franco. Sólo el desierto los unía. El doble desierto, porque la playa de Al Ganzug ni siquiera era frecuentada por pescadores, camelleros nómadas o mercaderes de cualquier clase. Y los desertores, tal y como la inocencia y el romanticismo que mandaban en Chico los habían dibujado, debían ayudarse entre sí. Contestó a cada pregunta que le hacía el joven del sombrero. Aunque en ningún momento éste le dijera su nombre, pese a que en el interior del vehículo aún quedaba alguien que no se había mostrado, en definitiva, pese a que cualquiera no hubiera sino dado la vuelta discretamente y abandonado aquel lugar, Chico Aguerre se mostró afable y atento. En algunas de sus respuestas hizo referencia al surf pero ni una sola vez observó interés por el asunto. Todas las preguntas hacían referencia a su ruta, lo que había visto, los controles militares que había pasado, el estado de su vehículo... y rápidamente, como la raya que el viento crea sobre el mar en calma en su rápido avance, sobre sus acompañantes y el dinero que creían necesi-

rio para completar su viaje. Chico Aguerre buscó los ojos del joven entresacando un brillo apagado, una expresión que aun sin lucir una maldad clara le hizo mentir en su respuesta.

—Viajo con un amigo. En cuanto a dinero no vamos bien, pero esperamos encontrar algún trabajo en los hoteles de Dakar para pagarnos la vuelta.

—¿Por tierra?

Chico Aguerre afirmó con un gesto.

—¿Estáis locos? Podéis vender el furgón y desde Dakar volar a París. Tenéis pasaporte americano, podéis hacer cualquier cosa.

—No volvemos a América. No podemos, nos enviarían para Vietnam —respondió Chico, sin que tampoco este comentario surgiera el efecto que esperaba.

—¿Me enseñas tu pasaporte?, ¿lo tienes aquí? Nunca he visto un pasaporte americano.

Chico dudó. Siempre llevaba el pasaporte consigo. Si se lo negaba mostraba una desconfianza que no creía apropiada. Si esos hombres no decían sus nombres y sus actitudes eran las propias de alguien que necesita esconderse y mostrar recelo, era debido a la huida que no confesaban pero se hacía evidente. España, lo sabía bien Chico, no era un lugar fácil. Imaginarse entonces un cuartel en lo que era la última colonia protegida por un ejército frustrado y temeroso de su futuro, tanto en la península como en el propio Sáhara, le hizo borrar cualquier asomo de sospecha que pudiera haber mostrado. Para rematar este pensamiento el joven se descubrió. Sus ojos eran azules, de un tono claro e intenso. Inmediatamente la seguridad de Chico se acrecentó, no sin cierta estupidez. Acostumbrado al color oscuro de los ojos españoles y al tono en general

oscuro del país, encontrar unos ojos claros era casi beber agua fresca cuando la sed ahoga. Introdujo su mano en el bolsillo interior de la chamarra y le tendió el pasaporte. El joven lo cogió igual que si fuera algodón y lo estudió con cuidado.

—¡Quién tuviera uno de éstos!, ¿verdad, Marquina? —Dándose la vuelta alzó el pasaporte hacia el joven de la melena—. A él es al que le gusta el surf, a mí déjame lejos del agua. Ese trasto es suyo. Suspira por viajar a California.

El tal Marquina ni respondió ni hizo gesto alguno. Continuó con su cuchillo, creando una punta limpia y dura en la vara que manejaba.

—¿De dónde es él? ¿Dónde coge olas? —preguntó Chico, olvidando que no era él quien hacía las preguntas.

—¿Y tú por qué vienes a esta mierda de lugar? ¿No hay olas en otro lugar más... civilizado? —Le devolvió el pasaporte y el sombrero de paja volvió a caer sobre el tabique de una nariz que dilataba sus fosas y las tensaba. Eran preguntas repletas de rabia, pero Chico no lo percibió así.

—Es el mejor lugar que he encontrado en muchos años. En California no hay lugares como éste, además aquí estoy solo...

Chico no pudo controlar el silencio, que se impuso al mismo tiempo que la bruma comenzaba a bajar sobre los montes de la costa. No pudo continuar y el joven del mono azul, el tal Marquina, cesando su juego de cuchillo, se acercó con un comentario aún más afilado.

—Nos miente el americanito.

Su melena estaba quemada por el salitre. Chico podía reconocer bien a alguien que no se bajara de una tabla de surf. Su rostro aparecía cobrizo pero no quemado, rubias también sus cejas, y el vello de las manos y los brazos que asomaban nervu-

dos y fuertes por las mangas recogidas de un buzo pringado por lamparones de poliéster y pintura amarilla. La tabla que había sobre el todoterreno la había fabricado él. Chico no tenía duda y así era, pero aquellos hombres no querían hablar de lo suyo.

—Sílbale, dile a tu compañero que venga a saludarnos —dijo, como si fuera un sargento imponiendo una orden.

—No me oiría, está pescando. —Chico se azoró sin poder evitarlo.

Todas las historias que habían ido entrando en su cabeza cobraron cuerpo. «En el Sáhara lo único realmente peligroso son los pequeños grupos de cuervos que merodean la pista.» Eso lo escuchó de labios de un camellero berebere en Guelmim, la que llaman puerta del desierto. La pista era la carretera troncal que cruzaba la plataforma costera del Sáhara, los cuervos pudieran ser los que tenía delante.

—Y está armado —dijo Chico, rubricando una mentira que no debía haber comenzado.

Volvió el silencio. Así discurren las historias extrañas como ésta de Chico Aguerre; un error o un acierto, o un cabo que se suelta, un motor que se detiene, un machete que asoma por la vaina.

Surgió de pronto el viento del mar, primero acarició los rostros de todos ellos, después revolvió el polvo y la arena, pocos segundos más tarde hasta los arbustos más pequeños y abigarrados se agitaban ante su empuje. En el campamento de Chico, a un kilómetro pendiente abajo, al otro lado de la playa, la lona que hacía de parasol perdió una de sus sujeciones y flameaba al aire como una bandera blanca.

—No sé si está armado o no, pero seguro que ahí no está —dijo Marquina—. Nolo, vete a comprobarlo.



El gigante echó a correr. Su figura al trote llegó a la playa, la cruzó con movimientos torpes y llegó junto al furgón. Entró en él y al poco tiempo reapareció levantando una caja metálica. Marquina le silbó e hizo gestos para que regresara. Nolo lo hizo al instante, corriendo aún más, con todo ese peso sobre sus hombros.

—¿Qué coño traes ahí? —le preguntó, sin darle tiempo a que recuperara aliento.

—¡Comida! —dijo Nolo, abriendo la caja y alzando una lata de salchichas—. ¡De Frankfurt!

El joven del sombrero de paja tampoco pudo resistirse. Empujó a Nolo a un lado y metiendo su hambre en la caja sacó un gran pedazo de jamón envuelto en un trapo. Echó mano a un bolsillo de su túnica y extrajo una navaja.

—Espera —dijo Chico.

—No voy a esperar a nada —respondió, destapando la pieza y buscando el lugar apropiado para cortar la primera tajada.

—Puedes acompañarlo con vino, si quieres.

—¿Vino? ¿Dónde está el vino?

—En el fondo de la caja, a un lado. Hay cuatro botellas.

Era una gran caja de acero con gruesos remaches que compró en un taller mecánico de Madrid. Con su contenido pesaba casi cien kilos. El esfuerzo que hizo Nolo al cargar con ella sólo era comparable a su necesidad de alimentarse.

—También tengo agua. Bidones de veinticinco litros. Puedo daros comida y agua —dijo Chico, mirando de frente a Marquina, esperando que el arma con la que los había amenazado se diluyera entre salchichas, jamón, sardinas en aceite y frutas en almíbar.

—Y vino, también puedes darnos vino —dijo el del sombrero, entrechocando dos botellas de tinto.

—Nolo, vete a por el agua —ordenó de nuevo Marquina—. Tráete la mitad de la que encuentres y de momento no toques nada más. Y tú, Ocaña, deja el jamón para luego y trae el cetme. Si el compañero del yanqui está armado, habrá que ponerse a su altura.

Ocaña dejó de mala gana el jamón y el vino y se acercó a la trasera del vehículo, abrió la puerta, y cuando apareció el fusil, Chico se estremeció. Aquello iba más rápido que su razonar, intentó decir algo pero no asomó una palabra. Ocaña entregó el arma a Marquina, quien la cargó y, alzándola al aire, disparó una ráfaga.

—Tu amigo no tardará en asomar —dijo poniéndose frente a Chico—, así que esperaremos. Siéntate ahí, sobre el capó del jeep.

Pero Chico no podía moverse, todo su aire se fue de súbito y las piernas comenzaron a temblarle. Sentía que si intentaba dar un paso caería al suelo. El fusil de Marquina le apuntaba, un movimiento en falso podía matarle.

—¿No me has oído? —gritó, azuzándole con el fusil—. ¡Que te sientes en el capó!

Estaba a punto de comenzar a llorar cuando del vehículo bajó otro hombre. La sombra que Chico había intuido era real y pertenecía a un hombre de unos cincuenta años y en calzoncillos que se acercó despacio a Marquina. Tenía un solo brazo que habían atado a su cuerpo con un cordel fino y muy tenso. Apoyándose sobre el cañón del cetme, hizo que apuntara hacia otro lado.

—Ya está bien, hijo de puta, ya está bien —dijo, enviando una terrible mirada de odio hacia Marquina para después volver al interior del vehículo.

Ocaña y Marquina cruzaron sus miradas. Ocaña parecía sorprendido. Chico continuaba inmóvil, acababa de presenciar algo muy extraño, pero su única intención era contener el llanto. Nadie acudiría alertado por los disparos y era muy posible que el hombre manco y en calzoncillos no volviera a salvarle la vida de nuevo. Marquina se acercó a Ocaña y le entregó el fusil diciéndole unas palabras que Chico no escuchó. Después entró al vehículo para descargar su furia contra ese hombre.

—Yo que tú me sentaba donde me han dicho, chico... Chico..., vaya nombre más gilipollas, ¿no, chico Chico? ¿De dónde te viene eso? —Ocaña se colgó el fusil al hombro y observó cómo Nolo subía la pendiente cargado con cuatro bidones de agua.

Chico Aguerre se sentó en el suelo cruzando sus piernas y se tapó los oídos para no escuchar los gritos de Marquina, ni sus golpes. En cuanto al dolor, aquel hombre parecía tragárselo.

—Ahí no —dijo Ocaña—. En el capó del coche.

Chico no se movió. Nolo llegó con el agua y la introdujo en la trasera del todoterreno. A Chico aún le quedaban tres bidones y algo de comida, además del dinero, bien escondido en el furgón, y el furgón mismo, también con las llaves escondidas. Pero todo eso podía cambiar también de manos si no lo impedía.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó a Ocaña.

—¿Ése? No te interesa.

—¿Por qué va en calzoncillos y está...?

Ocaña se agachó acercando su rostro a Chico, puede decirse que ambos estaban bajo el sombrero de paja y que la punta de la nariz de Ocaña rozaba la mejilla de Chico.

—Estamos en el desierto, chico. Puede que el hombre tenga mucho calor ahí dentro ¿no crees? —Ocaña soltó una pequeña risa, sostenida unos segundos, y su aliento golpeó de lleno el olfato de Chico, que retiró su rostro echándose hacia atrás—. Ahora siéntate ahí de una puta vez y estate calladito.